13
LA FUNDACIÓN DE LAS CAPITALES DE LAS CIUDADES-ESTADO AZTECAS: LA RECREACIÓN IDEOLÓGICA DE TOLLAN

Michael E. SMITH
Universidad Estatal de Arizona

De acuerdo con las fuentes históricas indígenas, las ciudades aztecas fueron fundadas cuando un grupo étnico migratorio se asentaba, o cuando un rey establecía un nuevo dominio (o ambas circunstancias). Debido a que la etnicidad y las dinastías eran dos de los principales componentes de la identidad social —no solamente en el México azteca sino también en muchos estados antiguos— las historias de sus orígenes incluyen típicamente numerosos elementos mitológicos de dudoso valor histórico. Los linajes reales y los grupos étnicos narraron historias acerca de sus orígenes y desarrollo histórico, y estos mitos jugaron un papel importante en la dinámica cultural y política en el momento de la conquista española y ya dentro del periodo Colonial.

A pesar del fuerte componente ideológico de las narraciones indígenas aztecas sobre las fundaciones de ciudades y comunidades, una aproximación historiográfica comparativa acerca de los orígenes urbanos aztecas sugiere que los procesos básicos implicados pueden ser reconstruidos con fiabilidad, aunque las circunstancias específicas de las fundaciones de ciertas ciudades en particular nunca serán conocidas con certeza. Más aún, los datos arqueológicos acerca de la continuidad en los asentamientos y la forma urbana se corresponden bien con aspectos clave de los patrones históricos indígenas. Aunque nunca seremos capaces de documentar la fundación de una ciudad azteca con el detalle con el que conocemos la de algunas culturas de ciudades-estado (tales como las de Grecia clásica), podemos describir el proceso global de forma adecuada.

LAS CIUDADES Y LOS ALTEPETL

Durante los periodos Postclásico Medio y Tardío (*circa* 1100-1520 d.C.), proliferaron por toda Mesoamérica pequeñas entidades políticas (ciudades-estado)

(Smith y Berdan 2003). En el centro de México, estas pequeñas entidades políticas fueron conocidas como *altepetl*, término frecuentemente traducido como ciudad-estado (Hodge 1984, 1997; Smith 2000). La capital del *altepetl* fue la forma predominante de asentamiento urbano en el México central durante la época azteca. Estas ciudades fueron la expresión material y espacial del *altepetl* azteca, y muchos aspectos de la forma y el sentido urbanos se originaron directamente a partir de las acciones y reivindicaciones ideológicas de los reyes de estas ciudades-estado. La cultura de la ciudad-estado azteca comparte muchos atributos con otras culturas de ciudades-estado de la historia universal (Hansen 2000a; Smith 2000), incluyendo a los mayas del periodo Clásico (Grube 2000; Martin y Grube 2000). Cuando los registros históricos mencionan el nombre de una entidad política, a veces se refieren a la ciudad-estado y a veces a su capital. Es por tanto muy difícil —conceptual y empíricamente— para los estudiosos de hoy en día distinguir a la ciudad de la entidad política en dichos registros (Hansen 2000b; Lang 1998). Los conceptos de ciudad y estado estaban muy interrelacionados en la mente de los habitantes de las ciudades-estado de la antigüedad, incluidos los aztecas.

El punto de vista azteca acerca de la naturaleza de las ciudades y pueblos es difícil de reconstruir debido a que muy pocas fuentes históricas tratan este tema directamente. A pesar de esto, varias fuentes sugieren que, para los aztecas, las características esenciales de una ciudad eran el palacio real y el templo dedicado al culto de la deidad patrocinadora. Cuando los mexicas se detuvieron durante su migración desde Aztlan para establecer un poblado en Coatepec, no tenían aún un rey o un *altepetl*. El cronista Hernando de Alvarado Tezozomoc describió sus primeros actos de la siguiente manera: «Los mexicas erigieron su templo, la casa de *Huitzilopochtli*, y construyeron el juego de pelota de Huitzilopochtli y construyeron su muro de cráneos» (Sullivan 1971: 317). Por otra parte, cuando un rey fundaba un *altepetl*, su primer acto era erigir su palacio. Al describir los actos del rey *Toteoci teuhctli* al fundar un *altepetl*, Chimalpahin indica,

> *«El mismo construyó un palacio en el lugar llamado Chalchiuhtepec. Llevó ahí a cada una de las divisiones del calpolli, a sus vasallos los Acxoteca y pronto estableció su mercado para que los Acxoteca pudieran comerciar ahí, y una cárcel donde se confinaba a la gente»* (Schroeder 1991: 125).

La falta de mención de un templo por parte de Chimalpahin resulta sorprendente, ya que muchas otras fuentes señalan la importancia de los templos en el concepto indígena de ciudad. Por ejemplo, el glifo que indica la conquista de una ciudad en el *Códice Mendoza* y otras fuentes pictográficas es un templo en llamas. Joyce Marcus describe un conjunto de similitudes básicas en los conceptos indígenas de ciudad entre los aztecas, mayas, mixtecos y zapotecos:

> *Lo más importante para él [un típico mesoamericano] era el hecho de que pertenecía a una región en particular controlada por un soberano nativo en particular, a quien le prestaba obediencia y pagaba tributo y de quien recibía protección y un liderazgo cívico-ceremonial. Y a menos de que la ciudad del soberano o su residencia estuvieran rodeadas por un muro, la frontera entre ese lugar y la región que dominaba era menos llamativa para el indio, que para los arqueólogos de hoy en día»* (Marcus 1983: 208).

James Lockhart (1992: 19), al analizar documentos administrativos en lengua náhuatl, rebaja la importancia de las ciudades dentro del *altepetl*, indicando que «una ciudad capital dominante no era realmente compatible con los principios organizativos del *altepetl*. La noción de una ciudad separada del *altepetl* no entraba dentro del vocabulario en la forma de una palabra diferente». El uso de un único topónimo para designar a la capital y a la entidad política completa es de hecho bastante común en las culturas de ciudades-estado (Hansen 2000b), y esta observación no puede ser utilizada para indicar que las ciudades carecieron de importancia en la organización del *altepetl*. Lockhart va más allá al sugerir que las palabras para ciudad y pueblo son raras en los documentos en lengua náhuatl que él ha estudiado, pero Pedro Carrasco (1996: 26-30) identifica numerosos términos en náhuatl para ciudad y pueblo.

Desde mi punto de vista, el hecho de que las ciudades no fueran instituciones destacadas en los documentos del periodo Colonial estudiados por Lockhart y sus discípulos, dice poco acerca del estatus real de las ciudades y del urbanismo en el periodo anterior a la conquista. En el modelo de Lockhart, el *tlatoani* era fundamentalmente el cabecilla del *calpolli* más influyente del *altepetl*. La «capital» del *altepetl*, de acuerdo con Lockhart, no fue una ciudad que se caracterizara de forma distinta de otros asentamientos, sino que era más bien un asentamiento en el cual vivían varios jefes de *calpolli*, incluido el *tlatoani*. Sin embargo, la idea de que las ciudades capitales no se diferenciaran de otros asentamientos se contradice claramente con la evidencia arqueológica. Las capitales de los *altepetl* aztecas tienen una arquitectura pública que no se puede hallar en otros asentamientos; éstas eran ciudades con características fundacionales y demográficas muy distintas de los asentamientos más pequeños.

Chichimecas y toltecas

Los aztecas atribuían sus orígenes a dos tipos muy distintos de antecesores: Los chichimecas y los toltecas. Los chichimecas eran fieros guerreros nómadas provenientes del norte. Sus atributos culturales fueron definidos en oposición a las características prevalecientes entre las gentes aztecas del periodo Postclásico Tardío. Los chichimecas vestían pieles en lugar de ropa hecha con tela; cazaban animales salvajes en lugar de plantar maíz; y vivían en campamentos en lugar de

en asentamientos permanentes. Estos chichimecas se trasladaron hacia el Centro de México desde su tierra de origen en el norte y se asentaron. Eventualmente, se convirtieron en aztecas al adoptar las costumbres mesoamericanas tales como el uso de ropa fabricada con tela, el consumo de maíz, y poblados estables. Esta historia «de los andrajos a los palacios»[1] fue una fuente de orgullo étnico para los aztecas.

Por razones de dicho orgullo étnico y de identidad social en el periodo Postclásico Tardío, la historia del origen chichimeca incluía dos temas principales:

- Nuestros ancestros fueron cazadores nómadas y fieros guerreros.
- Nuestros ancestros provienen de otra parte y tomaron posesión de esta tierra.

Estos temas fueron importantes en las fuentes históricas indígenas para la fundación de ciudades y dinastías.

En la mayor parte de los usos culturales, los toltecas fueron lo totalmente contrario de los chichimecas. No solamente vestían ropas hechas con textiles, sino que sus vestidos reales fueron los más finos de toda la antigua Mesoamérica y fueron imitados posteriormente por los reyes aztecas. Los toltecas hicieron y lucieron las más finas y lujosas joyas; de hecho se decía que habían inventado todas las artes y oficios de la antigua Mesoamérica (así como el calendario). Tula, la capital tolteca, no fue sólo una gran ciudad estable, sino que tenía edificios hechos de piedras preciosas. Los reyes toltecas fueron dioses o seres divinos que gobernaron un vasto imperio con gran sabiduría y habilidad. No hace falta indicar que la mayor parte de estas aseveraciones son o bien fabricaciones míticas o grandes exageraciones.

En términos de identidad étnica y dinástica, las leyendas aztecas acerca de los toltecas incluían los siguientes temas principales:

- Los toltecas fueron agricultores sedentarios que comían maíz y vivían en ciudades.
- Nuestras ceremonias, mitos, dioses y toda nuestra civilización vienen de los toltecas.
- La legitimidad de nuestros reyes está demostrada por descender éstos de los reyes toltecas.
- Nuestras ciudades son recreaciones de Tula.

De nuevo, estos temas jugaron un papel importante en las crónicas históricas indígenas de la fundación de los pueblos aztecas y sus dinastías en el periodo Azteca Temprano.

[1] Traducción libre de «*rags-to-riches*»

LOS CHICHIMECAS DEL NORTE

El códice histórico de los acolhua conocido como *Mapa Quinatzin* (Douglas 2003) muestra este contraste entre chichimecas y toltecas (Fig. 1). Quinatzin, el rey que trasladó la capital acolhua de Tenayuca a Texcoco, comienza su vida como un chichimeca viviendo en una cueva en la parte superior de la imagen, para terminarla como un rey chichimeca gobernando sobre nobles toltecas en la parte inferior de la imagen. Esta escena enfatiza el contraste entre los estilos de vida de los chichimecas y de los toltecas e ilustra el proceso mediante el cual los chichimecas se convierten en toltecas. Ilustra el primer tema de las historias chichimecas, la justificación de que sus antepasados fueron cazadores nómadas y fieros guerreros[2].

El segundo tema chichimeca, la idea de que los ancestros provenían de otra parte y tomaron posesión del territorio, es también un elemento común en el registro histórico indígena. En numerosas fuentes, los *altepetl* son fundados cuando grupos migratorios se asientan. Dado que un *altepetl* no puede existir sin su capital, la fundación de un *altepetl* debió incluir la fundación de dicha capital. Parte de la información histórica más valiosa acerca de la visión azteca del *altepetl* proviene del cronista indígena Chimalpahin. Susan Schroeder (1991) ha analizado las descripciones de Chimalpahin acerca del *altepetl* y otras instituciones sociales y políticas, y observa que: «... En las historias de Chimalpahin el establecimiento de un *alteptl* parece ser algo que sucede cuando un grupo emigrante se vuelve sedentario» (Schroeder (1991: 121). La historia migratoria más contada en las fuentes —y la que posee un mayor soporte historiográfico— es la migración desde Aztlan.

Las migraciones desde Aztlan

Una de las historias más extendidas en las fuentes históricas aztecas describe los orígenes del pueblo azteca en un lugar llamado Aztlan. Hubo numerosos

[2] En esta imagen (Figura 1), el primero de los tres paneles que forman el *Mapa Quinatzin*, fue pintado durante el periodo colonial para ilustrar la gloriosa herencia de la dinastía acolhua de Texcoco. Mi análisis se basa en el de Douglas (2003). La mitad superior de la imagen muestra chichimecas: gente que viste piel de animales, tienen pelo mal peinado, viven en cuevas, y usan el arco y flechas para cazar. Su lugar de origen en el desierto está indicado mediante plantas tales como el maguey y el nopal. En la parte inferior están los toltecas: gente que viste ropa hecha de tela, tiene el pelo arreglado, siembran maíz, y viven en ciudades (simbolizadas mediante el empleo de topónimos para Culhuacan en la parte inferior derecha). En esta imagen, los toltecas son los aztecas civilizados de las ciudades-estado, no los habitantes de Tula.

Quinatzin, el bisnieto del rey chichimeca *Xolotl*, aparece como un niño en la cueva de la parte superior. En la parte inferior izquierda se le ve con ropas chichimecas como el rey (sentado en la estera real) discutiendo con señores toltecas. Los toltecas con glifos son los líderes de los seis grupos que vinieron juntos desde los seis principales distritos de la ciudad de Texcoco. *Quinatzin* fue el primer rey de Texcoco, cuya fundación fue marcada por el asentamiento de un grupo de inmigrantes toltecas.

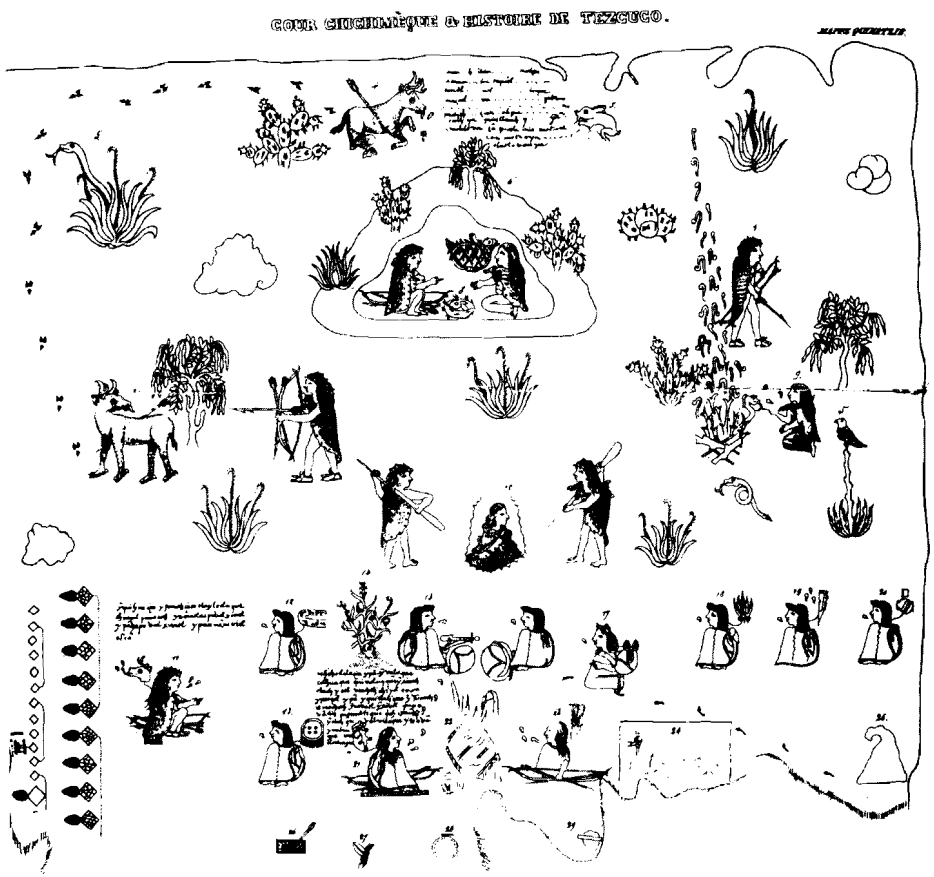

Fig. 1.—Chichimecas y toltecas en el centro de México como se muestran en el *Mapa Quinatzin*, panel superior (Douglas 2003: 291) (imagen escaneada a partir de la litografía de J. Desportes por Cl. Goux y proporcionada por E. Douglas).

grupos étnicos hablantes de náhuatl en el centro de México, y cada uno de ellos proclamaba venir de Aztlan. Una fuente como el *Códice Boturini*, también llamado «Tira de la Peregrinación» (1944), muestra a ocho grupos saliendo de Aztlan en su viaje hacia el sur. Tales escenas muestran típicamente a varios grupos de la Cuenca de México (p. e., los tepanecas, acolhuas, xochimilcas o chalcas) y varios grupos de los valles vecinos (p. e., los matlatzincas, tlahuicas, malinalcas o huexotzincas), además de los mexicas como los últimos emigrantes. Estos grupos chichimecas migraron hacia el sur, deteniéndose periódicamente durante inter-

valos más o menos cortos. Una de sus paradas fue en las siete cuevas de Chicomoztoc. Algunas fuentes históricas omiten Aztlan e indican que la migración comienza en Chicomoztoc. Los emigrantes pasaron por las ruinas de Tula, luego por el asentamiento dinástico post-tolteca de Culhuacan, y por fin se asentaron en sus nuevos territorios, probablemente durante el siglo XIII. De los muchos grupos étnicos que se trasladan desde Aztlan, sólo conocemos los detalles del viaje realizado por los mexicas de Tenochtitlan.

La migración desde Aztlan fue el relato básico del origen del pueblo azteca y, a su vez, una importante fuente de orgullo étnico para ellos. Aunque los mitos de origen tienen poca validez histórica, hay varias razones para aceptar sus líneas más básicas como históricamente precisas. En primer lugar, la historia de Aztlan estaba muy extendida entre los pueblos aztecas del centro de México. En segundo lugar, las distintas versiones —muchas representadas de forma muy fragmentaria— muestran un alto nivel de concordancia. Por ejemplo, casi todas las narraciones que proveen de una fecha para la llegada de los chichimecas desde Aztlan sitúan el evento en la primera parte del siglo XIII. En tercer lugar, esta narración encuentra soporte general en el campo de la lingüística histórica, que demuestra que la lengua náhuatl se originó en algún lugar lejano al norte de México y no llegó hasta la época tardía, durante el Clásico o el Postclásico Temprano (Kaufman 2001). Por último, los datos arqueológicos del patrón de asentamiento (revisados más adelante) sugieren que la transición del Postclásico Temprano al Azteca Temprano (en el siglo XII) fue un periodo de alteraciones en los asentamientos y de llegada de inmigrantes.

Las migraciones desde Aztlan forman el fondo de la historia urbana azteca. En las fuentes históricas nativas, la mayor parte de los poblados fueron fundados por los grupos de recién llegados de Aztlan, aunque no está claro si los poblados fueron establecidos inmediatamente después de su llegada (una forma de fundación mediante colonización) o construidos después de un cierto periodo de tiempo[3].

Continuidad en el Asentamiento

Aunque no han podido ser localizados los restos arqueológicos de una patria originaria en el norte mexicano para el periodo Azteca Temprano, el registro arqueológico de patrón de asentamiento apoya la noción de que una gran parte de los grupos inmigrantes llegan al México Central durante el comienzo del periodo Azteca. La principal prueba de ello es la falta de continuidad en la ocupación du-

[3] Para una revisión de las migraciones desde Aztlan, ver Smith (1984); para un estudio más reciente de las fuentes, ver Castañeda de la Paz (2002).

rante el intervalo de tiempo entre los periodos, tal y como se puede calcular a partir de los datos procedentes de prospecciones regionales. En una situación estable con poca inmigración, la mayor parte de los sitios mantienen su ocupación de un periodo al siguiente. Cuando la proporción de sitios con ocupación continuada es baja, sin embargo, indica que la mayor parte de los sitios fueron establecidos a partir de nuevas fundaciones, lo cual ocurre cuando la inmigración es significativa.

Tanto en el Valle de Yautepec (Smith *et al.* 2005) como en la Cuenca de México (Parsons *et al.* 1983), las transiciones entre los periodos Postclásico Temprano (Tolteca) y Azteca Temprano tienen la continuidad de asentamientos más baja de cualquier periodo (Tabla 1). Ambos valores están muy por debajo de la continuidad media para el resto de los periodos. Estos bajos patrones de continuidad al comienzo del Azteca Temprano contrastan con los, mucho más elevados, valores de continuidad entre el Azteca Temprano y el Azteca Tardío. Estos niveles mayores sugieren que, una vez establecidos, los pueblos Nahuas tuvieron comunidades estables en una época de crecimiento poblacional.

TABLA 1
Continuidad de asentamiento. Fuente de datos: Yautepec, datos del autor; Cuenca de México, Parsons *et al.* (1983).

	Números de sitios	*Continidad con el periodo siguiente**
Valle de Yatepec		
Formativo Terminal	50	50,00
Clásico	253	24,5
Epiclásico	120	39,2
Postclásico Temprano	149	**22,8**
Azteca Temprano	134	52,2
Azteca Tardío A	172	76,7
Azteca Tardío B	199	
Media		44,2
Cuenca de México		
Formativo Terminal	163	23,3
Clásico Temprano	208	67,8
Clásico Tardío	159	28,9
Epiclásico	120	38,3
Posctclásico Temprano	421	**11,6**
Azteca Temprano	162	87,7
Azteca Tardío	884	
Media		42,9

* Continuidad es el porcentaje de sitios que continúan estando ocupados en el período siguiente. Se muestra la transición de Tolteca a Azteca Temprano.

RITUALES DE FUNDACION

Los distintos grupos de inmigrantes procedentes de Aztlan se dispersaron por distintas partes del centro de México. A partir de ese momento, las fuentes históricas nativas se centran principalmente en historias de reyes y dinastías. Hay muy pocas referencias individuales a la fundación de ciudades. Las historias de Aztlan indican cómo la gente de una región o ciudad-estado en particular, se asentó, y otras narraciones históricas indican cómo se fundaron estados y dinastías individuales. No es irracional pensar que estos dos tipos de eventos fundacionales —la llegada de gente y la fundación de dinastías— involucraron el establecimiento de nuevos poblados que llegarán a ser las capitales de los *altepetl*. Como en el caso de los *poleis* griegos, puede resultar difícil separar las descripciones históricas de las ciudades de la descripción de sus entidades políticas.

Una de las imágenes más explícitas de la fundación de una ciudad azteca y su dinastía concierne al *altepetl* de Tepechpan, situado en el Valle de Teotihuacan. Una escena en el códice conocido como *Tira de Tepexpan* (Noguez 1978: imagen 2) ilustra la fundación y sus rituales asociados así como su simbolismo (Fig. 2).

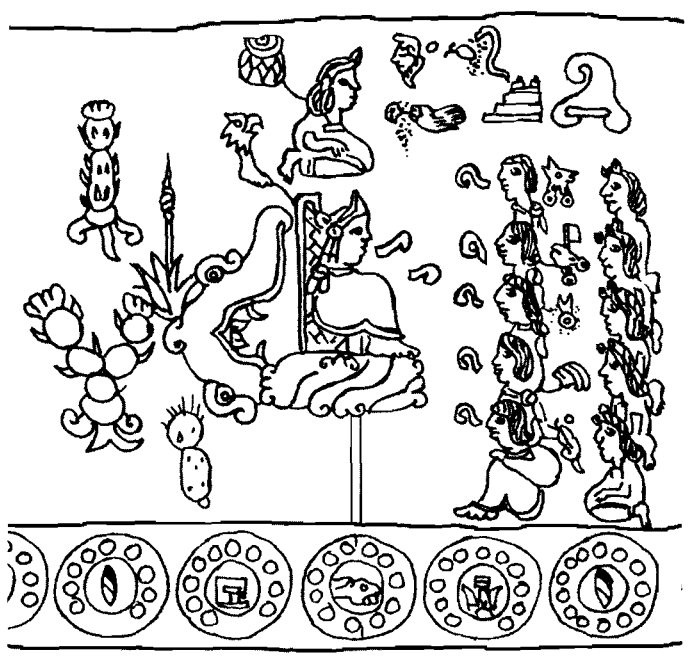

Fig. 2.—Fundación del poblado y la dinastía de Tepechpan, tal y como se muestra en la *Tira de Tepexpan* (modificada de Noguez 1978: plate 2).

Tal y como se ilustra en la Figura 2, el códice muestra la fundación de la dinastía de Tepechpan (y de la ciudad) en el año 11 Conejo, o 1334 de nuestra era. Esta imagen revela muchas de las características comunes a los eventos fundacionales que contienen las fuentes históricas nativas. Como en muchos códices aztecas, la cuenta de años corre de forma continua a lo largo de la base de la imagen, de izquierda a derecha con una línea que une cada evento a su año apropiado. El rey fundador de Tepechpan, *Ixcicuauhtli*, está sentado en un trono (una estera de carrizo) sobre un glifo que significa piedra; este signo es uno de los topónimos de Tepechpan, que significa «Sobre el cimiento de piedra». Sabemos que él es el rey debido a su estera y a su corona o diadema real. Su esposa, *Tozquetzin*, se muestra por encima de él. Detrás del rey hay una cueva con una boca de monstruo, un símbolo para las cuevas de Chicomoztoc a través de las cuales pasaron los emigrantes de Aztlan. Detrás de la cueva hay una planta de maguey y dos tipos más de cactus, símbolos del árido desierto norteño desde donde vinieron los ancestros chichimecas.

Frente a *Tozquetzin* se encuentra un altar con tres animales decapitados y sacrificados: una mariposa, un pájaro y una serpiente; esto simboliza las ofrendas hechas como parte de los rituales de fundación. Detrás del altar se encuentra el topónimo de Culhuacan, una parada importante durante la migración desde Aztlan y símbolo de la herencia tolteca. Debajo del altar se encuentran cinco parejas; los hombres llevan glifos que indican su nombre. Las vírgulas del habla indican que las parejas están hablando con *Ixcicuauhtli*. Probablemente representen a los líderes nobles de la ciudad-estado en el momento de su fundación. Sirven como testigos para los sacrificios de fundación y su presencia sugiere que el reinado de *Ixcicuauhtli* fue legitimado y aceptado por las principales familias del reino. *Ixcicuauhtli* puede estar repartiendo el territorio entre las familias nobles. Stephanie Wood (1998) ha analizado el rol de las mujeres en los rituales de fundación de ciudades aztecas, y observa la importancia de las parejas en los códices históricos: «innumerables manuscritos mesoamericanos muestran hombres y mujeres sentados juntos en el paisaje, como indicadores evidentes de linaje, comunidad, territorio y posiblemente gobierno compartidos» (Wood 1998: 248).

En resumen, esta imagen de la fundación muestra la fundación política formal de la dinastía, acompañada de ceremonias de fundación. Resulta razonable inferir que estos eventos también señalan la fundación formal de la ciudad de Tepechpan.

Tipos de rituales de fundación

La *Tira de Tepechpan* (Figura 2) ilustra dos tipos de rituales de fundación: sacrificio de animales, y consulta a los nobles principales. Estos y otros rituales de fundación fueron ampliamente practicados en la antigua Mesoamérica. Michel Oudijk (2002) analiza las ceremonias de fundación tal y como las fuentes aztecas, mixtecas y zapotecas las muestran para marcar la toma de posesión formal de una nueva tierra. La relación tan estrecha entre ciudades y estados sugiere que estos rituales también se relacionan con la fundación de poblados y ciudades. He modificado levemente el esquema de Oudijk para describir cuatro tipos importantes de rituales de fundación formal[4]:

1. Lanzar flechas en las cuatro direcciones. Cuando el príncipe chichimeca *Xolotl* llegó a la Cuenca de México con su grupo de seguidores, estableció su capital en Tenayuca. Disparó flechas en dirección a los cuatro puntos cardinales para indicar su toma de posesión de la tierra. Siendo un chichimeca, llevaba un arco y flechas. Otros ejemplos de este ritual son analizados por García-Zambrano (1994). *Xolotl* puede ser considerado el primer rey azteca y Tenayuca la primera ciudad azteca (Anónimo 1935).

2. Realizar sacrificios y otras ceremonias clave. Susan Schroeder (1991: 122) señala que en los escritos de Chimalpahin, «algo esencial en la formación del *altepetl* fue la posesión de una deidad por parte de cada grupo fundador». Uno de los primeros actos a realizar después de la creación de un *altepetl* y su ciudad capital era la construcción de un santuario y la realización de ofrendas al dios tutelar, tal y como se indica en la *Tira de Tepechpan*. Las fuentes aztecas enfatizan la realización de sacrificios de animales y otros tipos de ofrendas apropiadas para las ceremonias de fundación. Las trompetas de concha y otros instrumentos musicales eran utilizados para marcar los eventos fundacionales. Los códices mixtecos, por otra parte, enfatizan la creación de un fuego nuevo mediante el empleo de un taladrador para elaborar fuego como parte clave de la ceremonia de fundación (Boone 2000a). Aunque en fuentes aztecas existen algunos casos de encendido de un fuego nuevo para la fundación de ciudades, la ceremonia del fuego nuevo en el centro de México era utilizada más comúnmente para conmemorar el ciclo calendárico de 52 años (Elson y Smith 2001). Los inmigrantes de Aztlan llevaban bultos sagrados durante su viaje (Olivier 1995), y las ceremonias de fundación podrían haber involucrado algún tipo de ofrenda relacionada con dichos bultos.

3. Medir y demarcar las fronteras de la ciudad-estado. Una vez que una dinastía y su ciudad habían sido fundadas, el rey enviaba nobles a medir los límites de la entidad política. Estas cuadrillas de demarcación deambulaban por las fronteras en dirección contraria a las manecillas del reloj y realizaban una lista de marcadores específicos, los cuales podían ser elementos naturales como montes o ríos, o construidos tales como montículos de piedras.

En el códice conocido como *Historia Tolteca-Chichimeca* (Kirchhoff *et al.* 1976) se encuentran varios ejemplos del establecimiento de los límites de las ciudades-estado. En la Fig. 3 se ilustra la fundación de Cuauhtinchan, una ciudad lo-

[4] Estos rituales también son analizados por García-Zambrano (1994) y Boone (2000a). López Austin (1994: 217-218) analiza otros aspectos religiosos de la fundación de asentamientos.

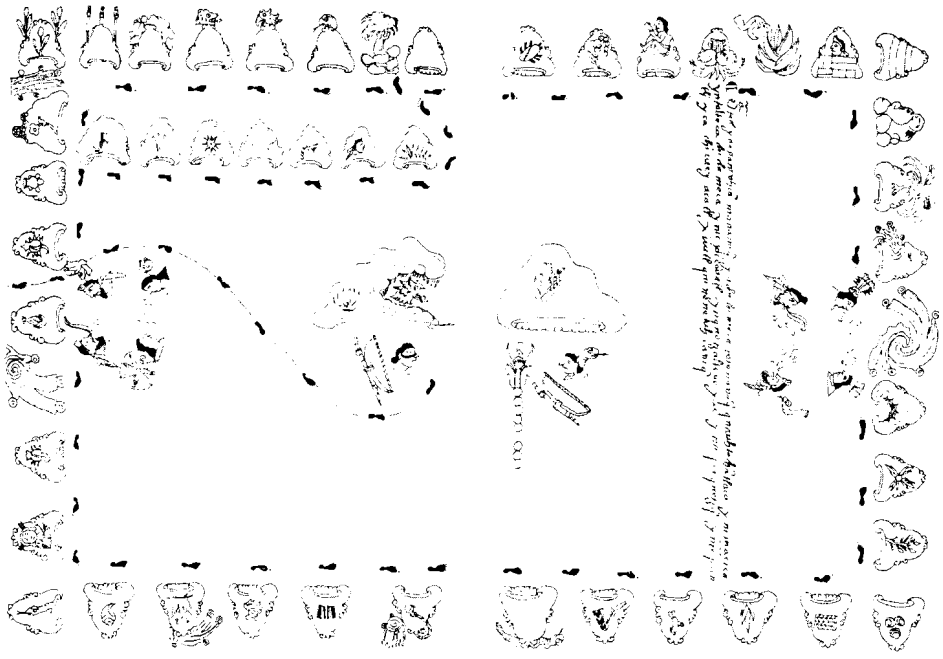

Fig. 3.—Fundación del poblado y la dinastía de Cuauhtinchan, tal y como se muestra en *Historia Tolteca-Chichimeca* (modificada de Kirchhoff *et al.* 1976: 35v, 36r).

calizada al sur de Cholula. El glifo de la ciudad se encuentra en el centro. Una línea de pisadas muestra la llegada de sus fundadores chichimecas —con arco y flechas— procedentes del norte (como la mayor parte de los mapas aztecas, el este se muestra en la parte superior). La fecha 8 caña se asigna al evento de fundación; de acuerdo con Kirchhoff *et al.* (1976: 18), ésta se corresponde con 1174 d.C. Los glifos mostrados en la periferia son los marcadores de fronteras que están siendo medidas por un equipo de prospección de cuatro individuos, a lo que se muestra consultándose los unos a los otros a la izquierda y la derecha del mapa. Dos de estos individuos son los sumos sacerdotes de Cholula, lo cual evidencia el importante papel político-religioso de esta ciudad en la política regional. Las huellas de pisadas alrededor de la periferia muestran el camino de la cuadrilla de exploración a lo largo de su camino junto a los límites o frontera.

La delineación de fronteras territoriales es bastante común en documentos coloniales tempranos. Por ejemplo, al hablar de la fundación de un *altepetl*, Chimalpahin indica, «así ellos fundaron el *altepetl* de Amequemecan en ese año y establecieron todas las fronteras tal y como fueron y gobernaron» (Schroeder 1991:

127). Sin embargo, es muy probable que esta práctica haya sido una invención colonial proyectada hacia un pasado prehispánico con el fin de justificar fronteras territoriales en el periodo Colonial[5].

4. Dividir la tierra de la ciudad-estado entre los nobles. En tiempos de los aztecas, la mayor parte de la tierra de las ciudades-estado era controlada y poseída por los nobles (Lockhart 1992). Una vez que la dinastía y la ciudad habían sido fundadas, el rey debía dividir la tierra entre los señores principales; esto es posiblemente lo que se muestra en la escena de la fundación de Tepechpan (ver Figura 2) y en la imagen de la fundación de Tenochtitlan en el *Códice Mendoza*. En algunos casos, los reyes involucrados en campañas de expansión territorial enviaban nobles a tomar posesión de nuevas tierras. Por ejemplo, *Tezozomoc* de Azcapotzalco, gobernante del imperio tepaneca, «instaló a sus hijos, de los cuales tenía muchos, como señores de las colonias [poblados] que él fundó» (Carta de Azcapotzalco 2000: 219).

Estos rituales de fundación pueden ser considerados actos de fundación religiosa formal para las ciudades aztecas. No se tiene la certeza de que estos actos realmente se realizaran, pero está claro que este tipo de fundación formal era ideológicamente importante para los aztecas contemporáneos de la conquista española.

Tenochtitlan

Existe mucha más información acerca de la fundación de Tenochtitlan de la que existe para cualquier otra ciudad azteca. La historia es bien conocida y no re-

[5] Aunque escenas como las de la fundación de Cuauhtinchan (Figura 3) reflejaban eventos ocurridos varios siglos antes de la conquista española, la mayoría de estos documentos se produjeron durante el periodo colonial. Fueron pintados como parte de los documentos entregados en la Corte española para los procesos mediante los cuales los indígenas aseguraban la posesión de sus tierras (Oudijk y Romero 2003). Argumentando que las fronteras de sus comunidades habían sido establecidas con mucha anterioridad, mediante un proceso comprensible para la Corte española, los nahuas del periodo Colonial fortalecieron su posición legal (García-Zambrano 1994). Esto sugiere que el concepto de delimitación de fronteras territoriales se haya originado a partir de los requerimientos del sistema legal español, no debido a prácticas indígenas.

La medición de los límites de una entidad política tiene sentido desde una perspectiva europea la cual define entidades mediante su territorio. Otra opción que se ajusta más a las antiguas prácticas mesoamericanas pone énfasis en la gente, no en el territorio. Un *altepetl* constaba de toda la gente sujeta al rey, viviera donde viviera. En muchos casos, los miembros de un *altepetl* vivían en un único territorio. En otros casos, sin embargo, los sujetos de los diferentes reyes vivían entremezclados, haciendo imposible una delimitación clara de entidades. El mejor ejemplo es el de los *altepetl* de Tepechpan, Acolman y Teotihuacan en el Valle de Teotihuacan, señalado por primera vez por Charles Gibson (1964: 44-47). Resulta simplemente imposible dibujar fronteras territoriales alrededor de los pueblos que forman estos tres *altepetl*. Esta distribución de asentamientos tiene mucho sentido desde la definición centrada en las personas de las entidades políticas. Este punto de vista, por el que las entidades se definen por relaciones de sometimiento o alianzas y no por territorios y fronteras, puede haber estado muy extendido por toda Mesoamérica. El análisis de Nikolai Grube (2000) para el Clásico Maya llega a una conclusión similar.

petiré sus detalles aquí (ver D. Carrasco 1999; Davies 1973; Heyden 1989; Sullivan 1971). La historia básica es la de que el pueblo mexica estableció Tenochtitlan en una isla deshabitada en los pantanos del Lago de Texcoco. Sus ancestros habían huido hacia el pantano para escapar del ejército de Culhuacan. El dios tutelar de los mexica, *Huitzilopochtli*, les había prometido una tierra donde construir una ciudad. Mientras se encontraban en el pantano, los mexicas vieron una señal de su dios —un águila sobre un nopal sosteniendo una serpiente en su pico— y supieron que habían encontrado su hogar (Fig. 4). Inmediatamente des-

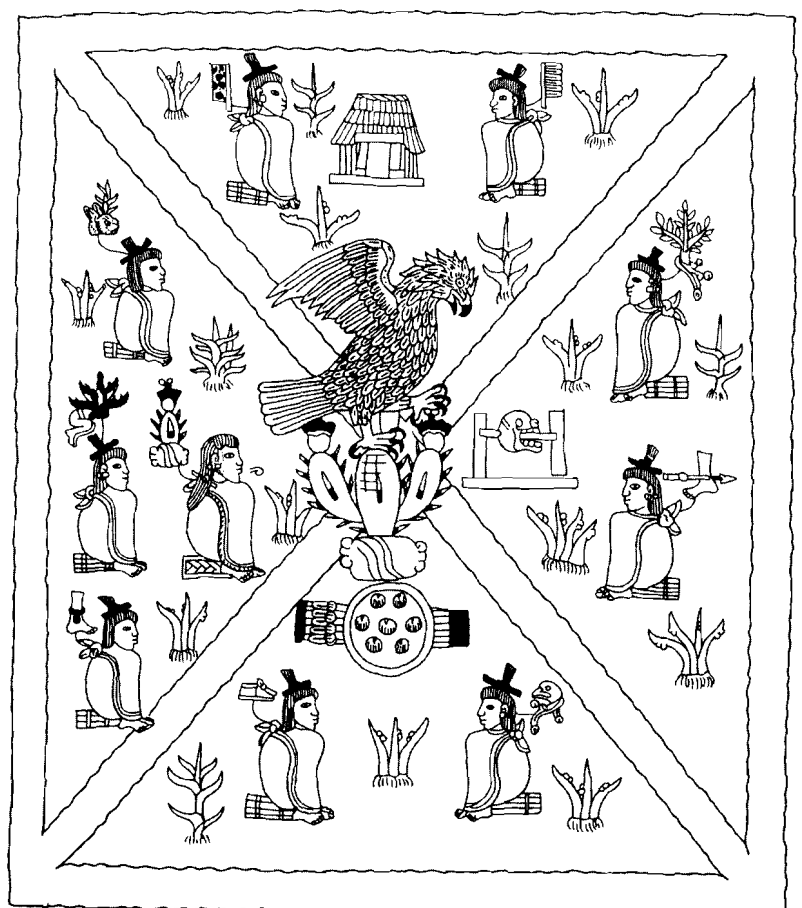

Fig. 4.— Fundación de Tenochtitlan como se muestra en el *Códice Mendoza* (Berdan y Anawalt 1992, vol. 3: f. 2r) (modificado Berdan y Anawalt 1992, vol. 4: 9).

pués construyeron un templo para *Huitzilopochtli*, y pronto se estableció una bulliciosa ciudad. Varios años más tarde, otro grupo de mexicas fundaría Tlatelolco en la parte norte de la isla. Heyden (1989) describe la historia de la fundación de Tenochtitlan, que incluye muchos componentes sobrenaturales.

En las narraciones históricas aztecas tales como el *Códice Mendoza*, se indica que Tenochtitlan fue fundada en el año 2 Casa, o 1325 d.C. Las excavaciones arqueológicas en la Catedral de la Ciudad de México y en otros lugares han descubierto depósitos de cerámica de la fase Azteca Temprana (1100-1350 d.C.) debajo de las ruinas tardías de Tenochtitlan (Vega 1979). El material azteca temprano indica que la isla estuvo ocupada antes de 1325, lo cual contrasta con las narraciones indígenas. Esto sugiere que, o bien los mexicas llegaron a la isla antes de 1325, o que otro grupo vivió allí antes de la llegada mexica en 1325. Estos depósitos del periodo Azteca Temprano aparecen muy removidos por la ocupación posterior, y no sobrevive arquitectura de dicho periodo.

Para la ciudad de Tenochtitlan pueden identificarse hasta tres fundaciones diferentes. La primera es la ocupación inicial de la isla. Aunque este evento no ha sobrevivido en ninguna narración histórica, los materiales del periodo Azteca Temprano mencionados proporcionan evidencia arqueológica para esta primera fundación. La segunda fundación es la que describe la historia oficial mexica con el águila y el nopal, que presumiblemente tuvo lugar en 1325 d.C. Esta fue la fundación formal religiosa de la ciudad, sancionada por el dios *Huitzilopochtli* y estuvo acompañada por la construcción de un templo. La tercera fundación de Tenochtitlan fue una fundación política formal señalada por el establecimiento de la primera dinastía mexica legítima (proveniente de los toltecas) con la ascensión del rey *Acamapichtli* en 1372 d.C.

Las fuentes históricas indígenas de Tenochtitlan muestran la ascensión regia de *Acamapichtli* (el establecimiento de una dinastía legítima) como una evolución natural que formaba parte del crecimiento del pueblo mexica y su estado. Sin embargo, el verdadero contexto político de este evento es más complicado. La isla se localizaba en territorio tepaneca, entre su capital Azcapotzalco y su principal rival, Texcoco, al otro lado del lago. Azcapotzalco era la entidad política dominante en la Cuenca de México en la última parte del siglo XIV. El rey tepaneca dejó asentarse a los mexica en Tenochtitlan, probablemente como parte de una estrategia de fortalecimiento de su frontera con Texcoco (Santamarina 2006: 283-296). Los mexicas se convirtieron en vasallos del rey tepaneca durante aproximadamente un siglo (hasta la Guerra Tepaneca de 1428).

LA HERENCIA TOLTECA

Si el tema chichimeca producía orgullo por los aspectos bárbaros y guerreros de los ancestros, el tema tolteca enfatizaba su naturaleza culta y civilizada. El

Mapa Quinatzin (ver Figura 1) ilustra muchos de los atributos de los toltecas tal y como los representaban las narraciones históricas aztecas: ropas hechas con tela tejida, pelo arreglado, cultivo del maíz y vida urbana. Estos atributos comprenden los principales temas toltecas en las fuentes históricas aztecas. Una posible interpretación de esta escena es que el acto de asentarse y el de fundar ciudades marcan la transición de chichimeca a tolteca. Los otros asuntos toltecas descritos con anterioridad incumben menos a los toltecas como gente civilizada que a los toltecas como los grandes ancestros que vivían en la gran ciudad de Tollan.

La grandeza tolteca

Los nobles aztecas miraban a los toltecas del pasado y veían una cultura y un pueblo más avanzado y civilizado que cualquier otro, anterior o posterior. La ciudad de Tula, o Tollan, fue descrita como un lugar maravilloso en donde todo el mundo era sabio y bueno y donde las calles estaban (metafóricamente) pavimentadas con oro. Este es el segundo gran tema tolteca en las historias aztecas: Tula y los toltecas fueron los creadores de muchos aspectos claves de la cultura mexica. Está claro que Tula y los toltecas tuvieron una fuerte significación ideológica para los nobles aztecas, y ahora sabemos que la mayor parte de las cosas que los aztecas atribuían a los toltecas eran erróneas o demasiado exageradas. Sería absurdo considerar hoy en día a los toltecas como inventores del calendario y del resto de las artes y oficios mesoamericanos, dado que ahora sabemos que se originaron varios milenios antes de la aparición de los toltecas. De hecho, es demasiado increíble pensar que los propios aztecas hayan sido tan inocentes como para creerse todo esto[6]. En lugar de esto, tiene más sentido ver las descripciones aztecas acerca de los toltecas como reivindicaciones ideológicas no como descripciones literales.

El tercer asunto tolteca era la idea de que la legitimidad de los reyes aztecas dependía de su descendencia directa de los antiguos reyes toltecas de Tula. Los gobernantes aztecas sólo remontaban sus genealogías en el pasado hasta los toltecas, y la legitimación podía ser transmitida por vía masculina o femenina (Gillespie 1989). Por ejemplo, los mexicas de Tenochtitlan se transformaron de un simple grupo étnico en un *altepetl* cuando Acamapichtli —hijo de un noble mexica y una princesa de la dinastía tolteca de Culhuacan— ascendió al trono en 1372.

[6] La interpretación azteca de la prehistoria mesoamericana puede haber sido rudimentaria, pero dada la fuerte orientación empírica e historiográfica de los estudiosos aztecas resulta difícil aceptar que de verdad creían que los toltecas inventaron el calendario y las artes. Los mexica supieron de un buen número de ciudades anteriores además de Tula (por ejemplo, Teotihuacan y Xochicalco), y coleccionaron máscaras de piedra de la aún más antigua cultura Mezcala de Guerrero para enterrarlas en sus ofrendas, lo cual sugiere conocimiento de culturas anteriores a la tolteca (Umberger 1987).

La idealización y adoración de los toltecas por parte de los aztecas no es difícil de entender. Eran los grandes ancestros dignos de respeto y rememoración. Lo que resulta difícil de comprender, sin embargo, es por qué muchos estudiosos han sido tan crédulos como para creerse las exageradas reivindicaciones aztecas con respecto a los toltecas. Aunque las descripciones aztecas de los reyes toltecas son obviamente muy exageradas y este tipo de tradición histórica muy raras veces puede ser tomada por cierta por más de uno o dos siglos (Henige 1974, 1982), muchos estudiosos han aceptado los cuentos de los reyes toltecas como narraciones históricas válidas (p. e., Nicholson 2001). Por ejemplo, a pesar del hecho de que no hay evidencia arqueológica de un imperio con su sede en Tula y de que sólo existe evidencia histórica fragmentada y transformada en mito, muchos estudiosos han aceptado la existencia de un imperio tolteca como tal, simplemente porque se sugiere en algunas fuentes aztecas[7]. El «problema tolteca» requiere de la atención de la academia para que podamos comprender con más claridad esta aceptación tan poco crítica de un punto de vista azteca por parte de los estudiosos modernos.

Sin embargo, para los propósitos del presente estudio, no importa realmente si los aztecas tenían una visión exacta de los logros toltecas, o no. Los puntos importantes son: (1) que los aztecas veneraban y celebraban todo aquello que fuera tolteca; y (2) que se esforzaron significativamente por alcanzar ese ideal. Esto resulta especialmente claro en el trazado de los epicentros urbanos.

Tollan renacida en los diseños urbanos aztecas

No hay duda alguna de que los aztecas estaban familiarizados con las ruinas de la ciudad de Tula (Figs. 5 y 6). Sahagún sugiere que los mexicas excavaron Tula en busca de reliquias (Sahagún 1950-82, bk.10: 165). Numerosas ofrendas aztecas (de los periodos Azteca Temprano y Azteca Tardío) han sido excavadas en el epicentro de Tula (Acosta 1954), pero no está claro si fueron depositadas por residentes del área de Tula durante esos periodos o por visitantes que llegaron a la ciudad sagrada en ruinas desde algún *altepetl* del centro de los dominios aztecas. Alguien, durante la época azteca, construyó un pequeño altar enfrente de la pirámide más grande, el Templo C. Este altar no se muestra en los mapas del periodo Tolteca de la ciudad de Tula (Fig. 6), pero es visible en las fotos aéreas del sitio (Fig. 5) como un pequeño montículo de escombros hacia el norte (izquierda) de la escalinata. Tal y como ya he indicado en otro sitio (Smith s.f. a), tales altares son

[7] Michel Graulich (1997) muestra la naturaleza improbable de las descripciones aztecas de los reyes toltecas e interpreta estas narraciones como mitológicas, analizando los motivos por los cuales las narraciones históricas indígenas no son fiables después de un siglo o dos (Smith s.f. c). En otro artículo (Smith y Montiel 2001) indico las evidencias en contra de la existencia del imperio tolteca.

Fig. 5.—Foto aérea del epicentro de Tula. Cortesía de la Compañía Mexicana de Aerofoto.

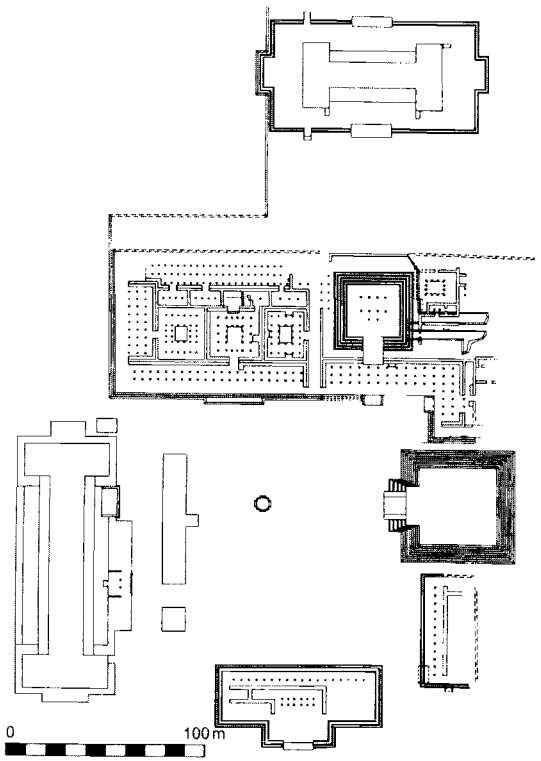

Fig. 6.—Plano del epicentro de Tula (modificada de Mastache *et al.* 2002: 92).

un componente fundamental de la planificación urbana azteca, y si los constructores aztecas iban a agregar un elemento arquitectónico a Tula, el pequeño altar parece la opción más lógica.

Una evidencia adicional que indica que los reyes aztecas estaban familiarizados con la ruinas de Tula viene del diseño de varios epicentros urbanos en Morelos (Fig. 7). El trazado de estas cuatro capitales de *altepetl* comparte las siguientes características con Tula:

- Una distribución ortogonal formal de los edificios alrededor de una plaza rectangular.
- La plaza es casi cuadrangular.

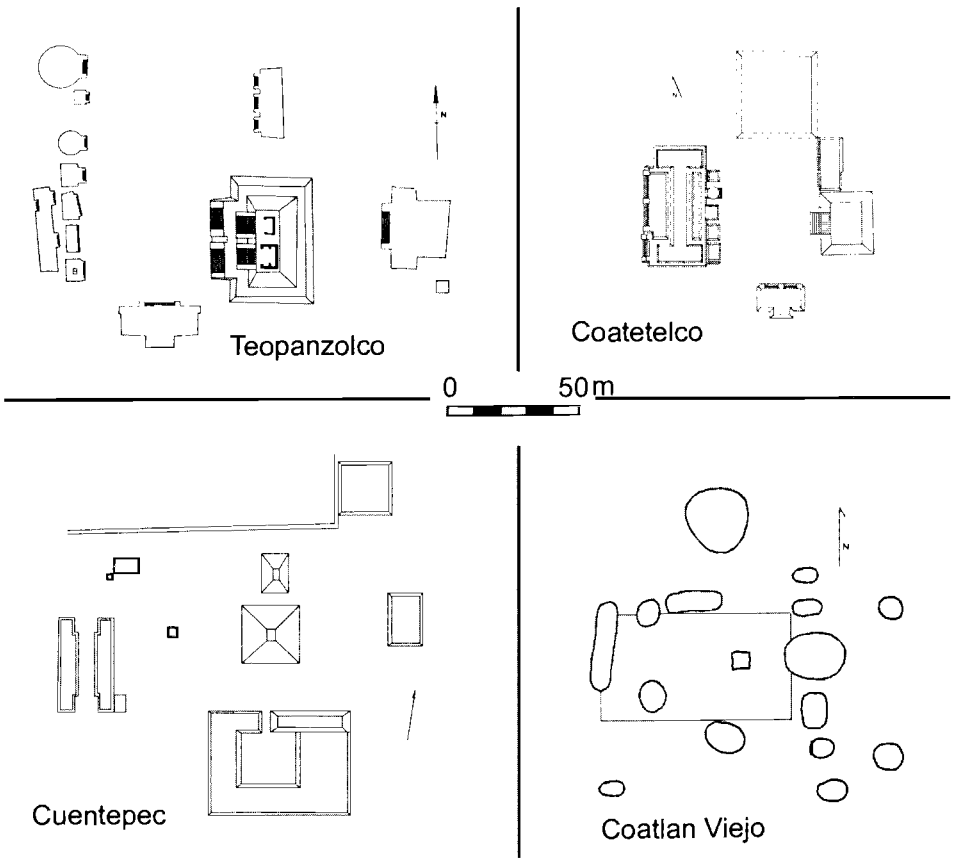

Fig. 7.—Planos de epicentros de ciudades aztecas en Morelos (Smith s.f. a). Los planos tienen una escala común, pero diferentes orientaciones.

- El templo más grande está situado en el lado este con escaleras hacia el lado oeste de la plaza.

Algunas de las cuatro ciudades aztecas, pero no todas, comparten otras semejanzas con Tula: Como Tula, Coatetelco y Cuentepec tienen juegos de pelota—orientados de norte a sur—localizados en el lado oeste de la plaza; y Coatetelco y Teopanzolco tienen ambos edificios en forma de «T» en el lado sur de la plaza, como Tula. Todos estos epicentros aztecas son más pequeños que el de Tula, pero el parecido es claro. El trazado de Coatetelco es particularmente impactante comparado con el de Tula. Aunque algunos de los principios de planificación evidentes en las Figuras 6 y 7 eran ampliamente compartidos por toda Mesoamérica (por ejemplo, una plaza rectangular formalmente definida por los templos más grandes), el trazado específico de estas ciudades resulta distintivo y no se parece a ningún otro centro urbano mesoamericano. La explicación más lógica para esta similitud es que las ciudades aztecas fueron diseñadas imitando a Tula.

Resulta sencillo sugerir que los constructores de las capitales aztecas querían imitar el trazado de Tula. Los reyes aztecas legitimaron su gobierno a través de referencias a sus ancestros reales toltecas, y la distribución urbana era la materialización de esa reivindicación ideológica, expresada mediante una poderosa evidencia visual. El diseño de las ciudades aztecas fue probablemente establecido como parte de un acto político formal de fundación. Resulta sin embargo complicado explicar cómo tuvo lugar dicha imitación. ¿Se asentaron reyes y arquitectos toltecas en las nuevas ciudades aztecas huyendo de la destrucción de Tula? ¿Quizás viajaron los reyes aztecas y sus constructores a visitar las ruinas de Tula para estudiar su diseño? O tal vez el diseño de Tula se conservaba en códices que los reyes y arquitectos podían consultar. La presencia de ofrendas del periodo Azteca Temprano en medio de la plaza central de Tula (Fig. 8), sugiere algún tipo de actividad azteca en las ruinas toltecas durante el periodo en el cual los gobernantes de Teopanzolco y otras ciudades de Morelos estaban construyendo sus edificios en imitación a los de Tula.

Un aspecto interesante de este fenómeno es que el diseño tolteca se encuentra en todos los epicentros aztecas que se han preservado, pero no resulta tan obvio en las ciudades aztecas de la Cuenca de México. Si bien las ciudades en esta última región tienen algunos de los elementos del trazado de Tula (Fig. 9), muestran mucho menos parecido que las ciudades de Morelos. Hasta Cuexcomate (Smith 1992), un pequeño pueblo en Morelos que no era capital de ningún *altepetl*, tiene un modesto epicentro dispuesto de la misma forma que los ejemplos en la Figura 7. ¿Fueron las ciudades de Morelos fundadas antes que sus similares en la Cuenca de México, dándoles una conexión histórica más próxima a Tula? Teopanzolco fue una ciudad del periodo Azteca Temprano, pero la arquitectura pública de la mayoría de las ciudades aztecas (tanto en Morelos como en la Cuenca de México)

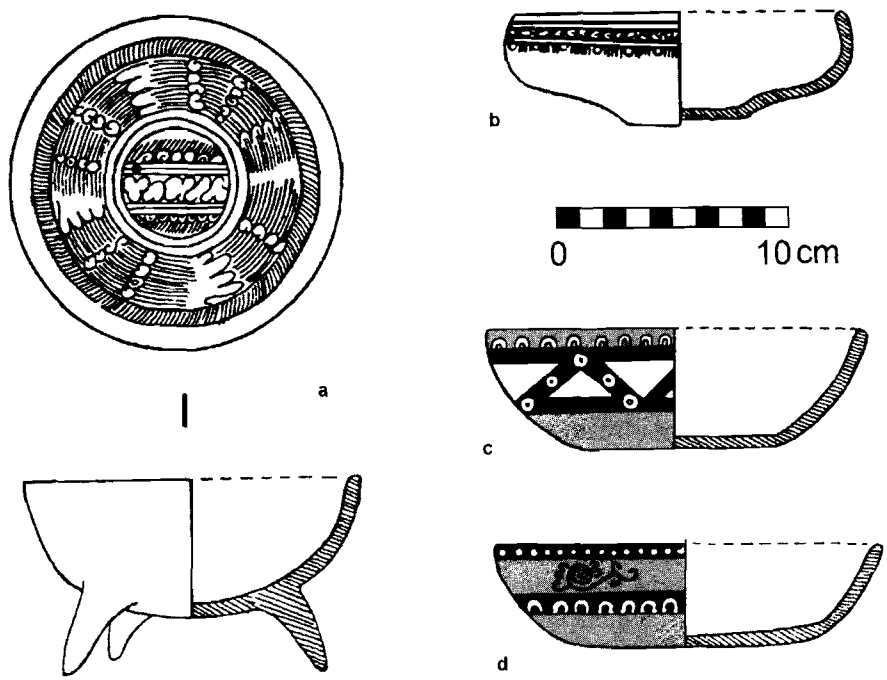

Fig. 8.—Vasijas cerámicas del periodo Azteca Temprano procedentes de una ofrenda azteca en Tula; a y b: Azteca II negro sobre naranja; c y d: Azteca Temprano negro y blanco sobre rojo (modificado de Acosta 1954: 52-53).

no puede ser datada con precisión con la evidencia actual. O quizás las ciudades-estado de Morelos fueron menos poderosas y sus reyes sintieron una mayor necesidad de realizar aseveraciones ideológicas que expresaran su adhesión al ideal tolteca.

En todo caso, parece claro que un cierto número de ciudades aztecas en Morelos fueron diseñadas imitando a Tula, para proveer de evidencia visible —tanto para los aztecas como para los observadores modernos— de la importancia del concepto tolteca en la fundación de ciudades aztecas. Este es el cuarto tema tolteca para los aztecas. La construcción de ciudades a imagen de Tula puede ser vista desde la perspectiva de la memoria social (Fentress y Wickham 1992). Susan Alcock (2001, 2002) muestra cómo algunas sociedades antiguas «memorizan» sociedades más tempranas a través de la construcción de monumentos y la modificación arquitectónica del paisaje. Ella utiliza el concepto de «memoria teatral» (*memory theater*) para referirse a los espacios arquitectónicos designados para invocar y celebrar memorias específicas del pasado. Tal y como los romanos mo-

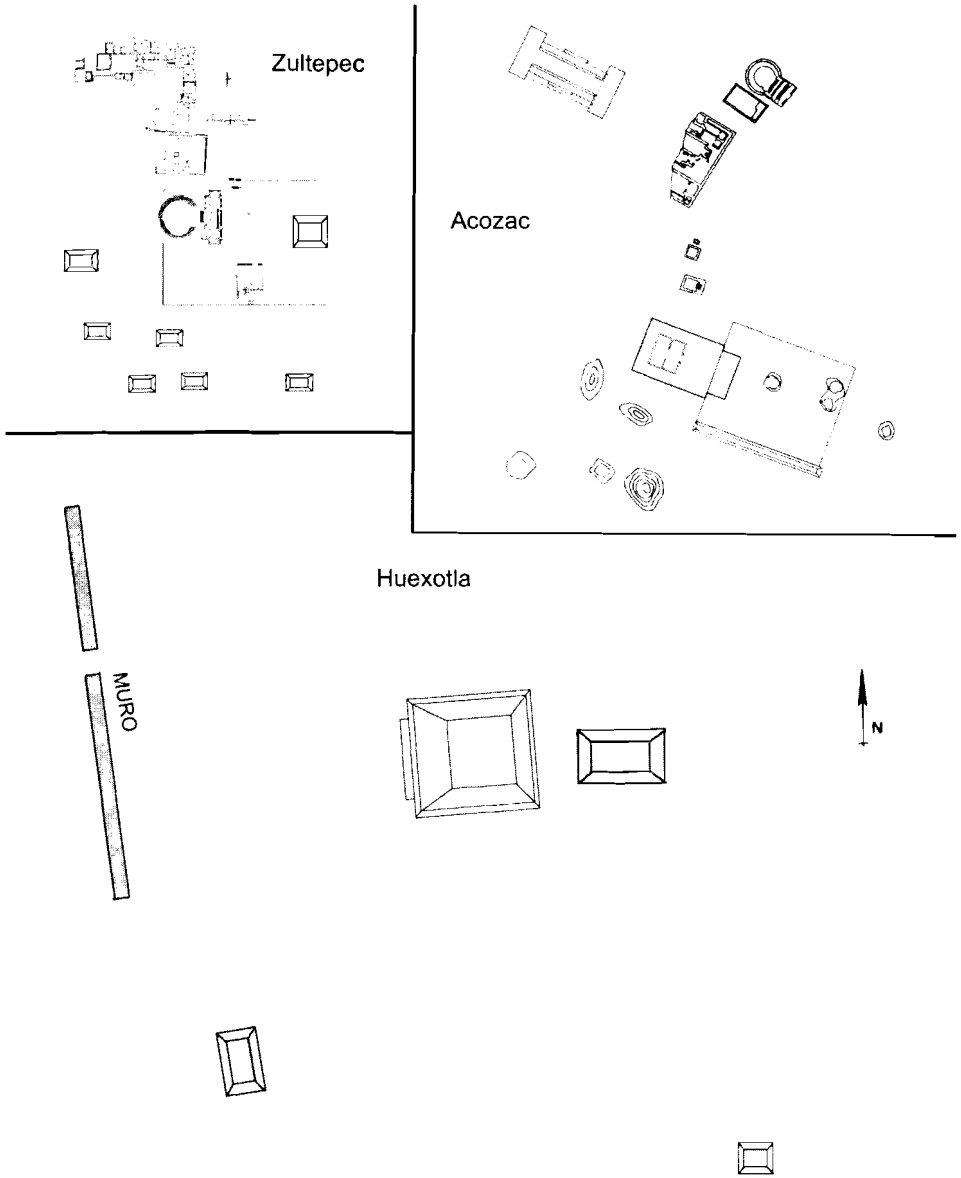

Fig. 9.—Planos de epicentros de ciudades aztecas de la Cuenca de México (Smith s.f. a). La escala y orientación son comunes.

dificaron Atenas y otras ciudades griegas para evocar a la cultura griega, así hicieron los aztecas al diseñar sus ciudades para evocar la grandeza del pasado tolteca.

UNA PERSPECTIVA MÁS AMPLIA

La hipótesis de que los reyes aztecas utilizaron principios de planificación urbana provenientes de Tula es parte de un nuevo modelo de planificación urbana en el centro de México. Este modelo ha sido descrito anteriormente (Smith 2005) y se presenta a continuación. Se puede contrastar con el punto de vista tradicional acerca de este tema, tal y como lo articulan William Sanders y otros (Sanders y Santley 1983). En el modelo tradicional, es Teotihuacan quien proporcionó el modelo original para la planificación urbana en el centro de México; los gobernantes de Tula copiaron los principios del modelo de Teotihuacan, y más tarde los gobernantes mexicas copiaron el trazado de Tula (Fig. 10 a). Mi modelo revisado se presenta en la Fig. 10 b.

Tres son los principios fundamentales que caracterizaron la planificación urbana de la mayor parte de las ciudades de la antigua Mesoamérica: (1) la concentración de la arquitectura pública en una zona central, el epicentro; (2) el uso de una variada gama de técnicas de planificación dentro del epicentro urbano pero no en el resto de la ciudad (las zonas residenciales muestran poca planificación); y (3) el uso de la plaza pública como característica básica sobre la que se estructura el espacio urbano. Una de las muchas formas en las que la ciudad de Teotihuacan fue única y radicalmente distinta dentro de la diversidad de ciudades mesoamericanas, fue la desviación que mostró con respecto a estos antiguos

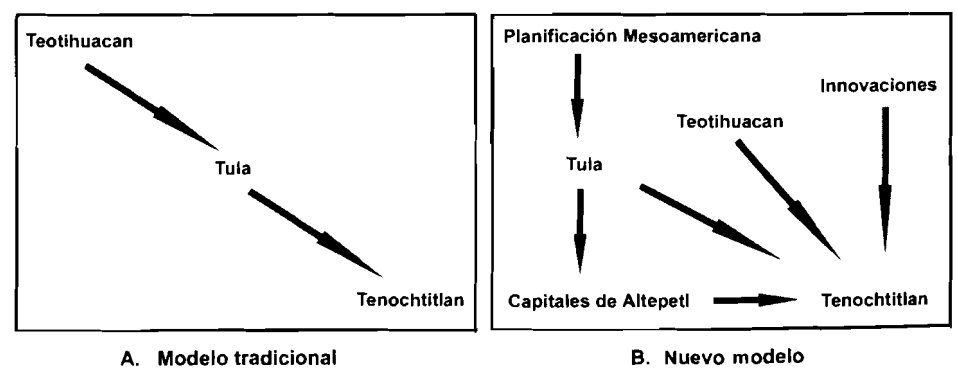

Fig. 10.—Modelos de desarrollo de los principios de planificación urbana; a: modelo tradicional; b: nuevo modelo.

principios de planificación. No tiene un epicentro compacto (a menos que toda el área a lo largo de la Calzada de los Muertos se pueda considerar como un gran epicentro); toda la ciudad muestra un alto grado de planificación, no sólo su área central; y tiene pocas plazas. No hay una gran plaza central, y de hecho la Calzada de los Muertos juega el papel de la plaza mesoamericana al proveer de un marco espacial para la coordinación de los principales edificios (y de toda la ciudad). Además, Teotihuacan carece de juegos de pelota, uno de los tipos de edificios fundamentales en Mesoamérica.

Después de la caída de Teotihuacan, las ciudades del centro de México volvieron a los antiguos principios de planificación urbana mesoamericanos. Xochicalco, Teotenango y Tula muestran los principios mesoamericanos básicos de planificación (Fig. 11). Entre estos tres sistemas de planificación urbana, Tula se

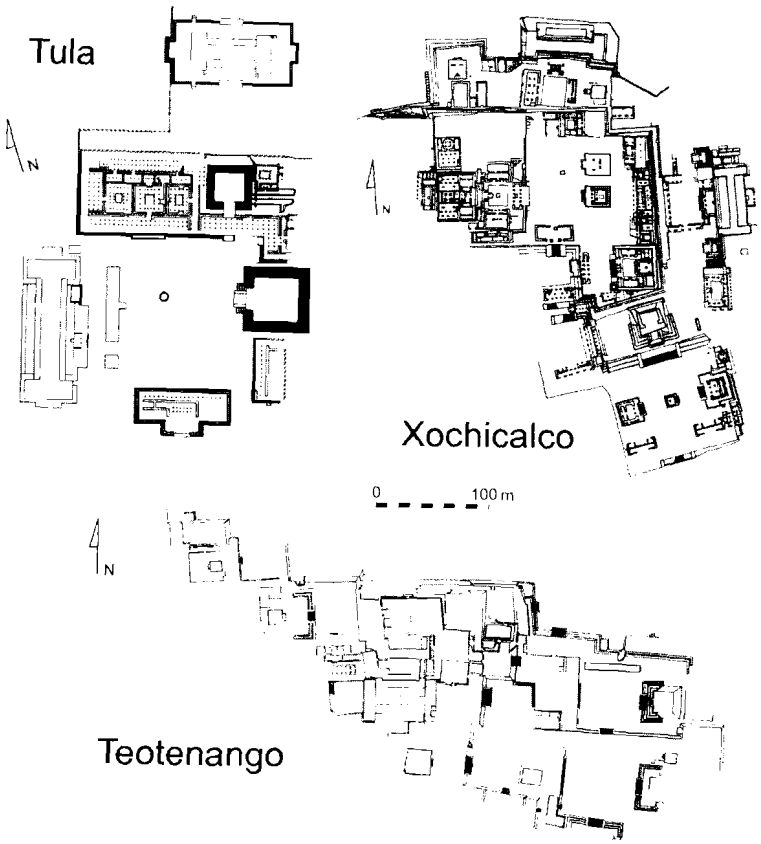

Fig. 11.—Planos urbanos post-teotihuacanos en el centro de México (Smith s.f. c).

destaca por poseer un mayor nivel de formalismo y monumentalidad. Utilizo el término «formal», al estilo de la historia del arte, para designar trabajos cuya estructura resulta clara y obvia al observador (Taylor 1981: 65-68, 95). En comparación con Xochicalco y Teotenango, tanto la plaza como las principales estructuras (aunque hay menos) de Tula Grande son mucho más grandes, y hay una mayor simetría y simplicidad en la distribución de los edificios. Aunque algunos autores han argumentado acerca de una cierta continuidad en forma y trazado entre Tula y Teotihuacan (Mastache y Cobean 2003), las diferencias tan radicales en los diseños de las dos ciudades sugieren más bien todo lo contrario, una falta de continuidad en cuanto a la forma. De hecho, las diferencias son lo suficientemente grandes como para pensar que los gobernantes y planificadores de Tula rechazaron de manera deliberada el diseño urbano de Teotihuacan. No sólo volvieron a los viejos trazados utilizados con anterioridad en la antigua Mesoamérica, sino que lo hicieron de forma clara, produciendo la distribución urbana más formalmente planeada de toda Mesoamérica. Aunque ciertamente existieron numerosos paralelismos culturales y cierta continuidad entre Teotihuacan y Tula, la planificación urbana no fue uno de ellos. Tula mostró un cierto número de innovaciones en planificación urbana, particularmente la adopción de estructuras con columnas y de patio-banqueta (Kristan-Graham 1999; Mastache *et al.* 2002).

La mayor parte de las capitales de las ciudades-estado aztecas fueron fundadas durante la mitad del periodo Postclásico. Esta clase de urbanización simultánea a través de una gran área es denominado «modelo de sinergia» por Balkansky *et al.* (2004), y sugiere un sistema dinámico de entidades políticas interactuando entre sí. Debido a que éstas fueron nuevas fundaciones de ciudades en la estela de las migraciones provenientes desde Aztlan, los primeros reyes aztecas tuvieron la libertad de diseñar sus ciudades a placer. Tal y como ya se ha indicado, muchos de estos reyes, particularmente los de Morelos, diseñaron sus ciudades con plazas muy similares al trazado de Tula Grande, aunque a menor escala (ver Figuras 5 a 7). Los templos, juegos de pelota y otros edificios aztecas eran más pequeños que sus correspondientes estructuras en Tula; las plazas eran menores; y en general los epicentros eran más pequeños. Esta diferencia en cuanto a escala probablemente se deba a dos factores: las ciudades aztecas tenían una población menor a la de Tula, y los gobernantes de las ciudades-estado aztecas fueron menos poderosos que los reyes del estado tolteca.

Los epicentros de las ciudades-estado aztecas muestran un cierto grado de coordinación entre sus edificios, aspecto éste analizado por Smith (s.f. b): los edificios públicos compartían una orientación común; muestran una integración espacial con respecto a una característica central (la plaza); y la mayor parte de sus planos muestran formalidad y monumentalidad (aunque en una escala limitada en comparación con ciudades como Tula o Teotihuacan). Aunque estos no tienen grandes epicentros urbanos, muestran una planificación muy cuidadosa, que transmite una gran variedad de mensajes ideológicos a sus habitantes y a sus vi-

sitantes (Smith s.f. a: capítulo 5). Los diseños de los epicentros de Morelos (ver Figura 7) llaman la atención por la similitud entre ellos, así como por su parecido con el trazado de Tula Grande. Los ejemplos que sobreviven de la Cuenca de México muestran una mayor variabilidad en cuanto a su forma (ver Figura 9), pero sus inventarios arquitectónicos básicos recuerdan a los de las ciudades de Morelos.

No conocemos casi nada acerca del trazado de Tenochtitlan y de su epicentro durante su primer siglo (antes de la fundación del imperio de la Triple Alianza en 1428). Parece razonable plantear la hipótesis de que el Templo Mayor (cuyas fases más tempranas pertenecen a los primeros años de la ciudad) fue originalmente parte de un epicentro con una planeación similar a la de otras ciudades aztecas. El templo miraba hacia el oeste, y la plaza debió haber estado en el área inmediatamente hacia su oeste. Sin embargo, en algún momento de su historia, los gobernantes mexicas realizaron una ruptura radical con la planificación típica de una ciudad azteca al encerrar el área central en un recinto amurallado, que después fue rellenado con edificios. Durante la época de la conquista española, este llamado «recinto sagrado» estaba lleno de templos, adoratorios, altares, un juego de pelota, y otras estructuras usadas por la religión estatal de Tenochtitlan (Marquina 1960; Matos 2003; Nicholson 2003). Los gobernantes de Tlatelolco también construyeron un recinto amurallado, probablemente a imitación del de Tenochtitlan. Tenochtitlan tenía una modesta plaza, localizada inmediatamente al sur del recinto amurallado (Calnek 1976, 2003). Sin embargo, este espacio sirvió como mercado permanente no como una plaza ceremonial.

El recinto sagrado de Tenochtitlan tomó el lugar de la plaza azteca normal, pero no era una plaza, a pesar del uso de este término por algunos autores actuales (Low 1995; Matos 2003: 133). La construcción de un recinto amurallado en Tenochtitlan (muy probablemente en el lugar donde con anterioridad había una plaza) fue quizás parte de una nueva ideología imperial de los gobernantes mexicas. Ciertamente, esto provocó que el centro de Tenochtitlan fuera único entre las ciudades aztecas[8].

[8] Existe una gran confusión en la literatura acerca de la aparición de los recintos amurallados en las ciudades aztecas. Gran parte debe achacarse a Motolinía (1979: 50-51), cuyas palabras parecen indicar que está generalizando para todas las ciudades cuando menciona la muralla que rodea al distrito ceremonial. La descripción de Sahagún (1993: 269r) del recinto amurallado de Tenochtitlan ha causado también mucha confusión. Umberger (2003: 3) llama a esta ilustración «un típico centro ceremonial azteca»; Pasztory (1983: 101-102) reivindica que el recinto amurallado era una característica común en las ciudades aztecas, mencionando a Tenochtitlan, Huexotla y Zempoala (una ciudad provincial no azteca de la Costa del Golfo); Hardoy (1973: 178-179) pretende que la descripción de Motolinía se aplica a «ciudades indígenas» en general; y Nicholson (1971: 437) sugiere que «todas las comunidades de tamaño sustancial» tuvieron un recinto amurallado. Atribuyo estas interpretaciones al hecho de poner un énfasis excesivo sobre Tenochtitlan como modelo de ciudad azteca. Nicholson (2003) hace la extraña y poco probable sugerencia de que la pintura de Sahagún representa el (hipotético) recinto amurallado de Tepeapulco, no el de Tenochtitlan, ya que la pintura muestra menos de los 78 edificios descritos en el texto de Sahagún (1950-82: bk. 2, pp.179-193).

Además de sus innovaciones en principios de planificación, los gobernantes y planificadores de Tenochtitlan también tomaron ideas de las antiguas ciudades de Teotihuacan y Tula para diferenciar aún más a su ciudad de otras ciudades aztecas. Una gran variedad de estilos y características del arte monumental tolteca fueron adoptadas por los mexicas como parte de un uso político continuado del pasado azteca por parte de las élites y los gobernantes (De la Fuente 1990; Umberger 1987). Algunos de los elementos urbanos toltecas —incluyendo templos circulares y plataformas de *Tzitzimime* (Smith 2005)— fueron empleadas primero por las capitales de las ciudades-estado y más tarde acogidas en Tenochtitlan. Otros elementos toltecas parecen haber sido adoptados por Tenochtitlan directamente desde Tula, sin que aparezcan en otras ciudades aztecas. Por ejemplo, la Casa de los Guerreros Águila adyacente al Templo Mayor en Tenochtitlan puede haber sido construida como imitación de elementos existentes en Tula (Mastache y Cobean 2000).

Los reyes mexicas también obtuvieron inspiración y legitimidad de Teotihuacan, y los aspectos ideológicos de esta herencia se materializaron en un buen número de prácticas, como la colocación de objetos teotihuacanos en ofrendas mexicas, imitación de estilos teotihuacanos en objetos rituales y en la arquitectura, y otras muchas referencias materiales a la antigua Teotihuacan (Boone 2000b; López Luján 1993; Olmeda 2002; Umberger 1987). Teotihuacan se convirtió en el escenario de algunos importantes mitos aztecas de la creación. Sin embargo, las referencias materiales explícitas a Teotihuacan cerca del Templo Mayor aparecen en su historia tardíamente. La mayoría pertenecen a la fase constructiva VI, en su mayor parte correspondientes al reino de *Ahuitzotl* (1486-1502, ver López Luján 1993); incluyendo los «templos rojos» de estilo teotihuacano (Olmeda 2002: 55) y la Ofrenda 5 en la Casa de los Guerreros Águila con su vaso teotihuacano de cerámica Naranja Delgada (López Luján *et al.* 2000). Si las referencias a Teotihuacan aparecen tan tarde en la historia de Tenochtitlan, es poco probable que la imitación deliberada del trazado ortogonal de Teotihuacan fuera responsable de la creación del plan en rejilla de Tenochtitlan. Sin embargo, los gobernantes mexicas pueden haber utilizado este parecido —bastante poco usual en la antigua Mesoamérica— como parte de su programa ideológico imperial.

Es difícil imaginar cómo un pintor indígena podría incluir los 78 edificios en una única ilustración. Para una discusión más detallada, ver los comentarios de Heyden acerca de este tema, en Sahagún (1993: 117-119, note 1), y Mundy (1998: 18-20). La única capital de ciudad-estado azteca con posibles evidencias de haber poseído un recinto amurallado es Huexotla (García 1987), pero no estoy muy convencido de que el único segmento de pared que se mantiene en posición fuera parte de un recinto cerrado por sus cuatro lados. Los restos de pared en Huexotla son aún un enigma, y sólo una futura excavación podría ayudar a dar respuesta a esta pregunta.

CONCLUSIONES

Aunque existen pocas referencias explícitas a la fundación de las ciudades en las narraciones nativas aztecas, He intentado reconstruir varios tipos de fundación para las capitales de las ciudades-estado. En común con las culturas de las ciudades-estado en otras partes del mundo (Hansen 2000b), los conceptos de ciudad y estado estaban muy interrelacionados, tanto en la realidad empírica del pasado como en los documentos históricos que sobreviven. Una implicación de esta situación es que las narraciones históricas de la fundación de dinastías pueden también ser interpretadas como descripciones de la fundación de las ciudades en las cuales dichas dinastías estaban ubicadas. Aunque el registro arqueológico suministra pocas explicaciones explícitas acerca de la fundación de ciudades, los patrones en la arquitectura, el trazado de las ciudades y la continuidad en los asentamientos, informan de manera detallada acerca de los orígenes y de la fundación de las ciudades aztecas.

La política y la religión fueron las funciones urbanas dominantes en las capitales de las ciudades-estado aztecas. Por lo tanto, no resulta sorprendente que las narraciones acerca de la fundación de las ciudades hagan énfasis en dinastías, reyes y rituales. El establecimiento de una dinastía legítima (esto es, una dinastía con conexiones ancestrales a los reyes toltecas) marcaba la fundación política formal de una ciudad azteca. Dos de los ejemplos analizados provenientes de los códices —Tepechpan y Cuauhtinchan— muestran fundaciones políticas formales de las ciudades. En Tepechpan, dicha fundación política estuvo acompañada de sacrificios, que pueden ser considerados como actos religiosos formales de fundación. La mayoría de las ciudades-estado aztecas eran entidades políticas soberanas en la época en la que fueron fundadas. Más tarde, la mayoría de estas entidades políticas fueron conquistadas por uno o más de los tres imperios aztecas: el imperio Acolhua situado en Texcoco, el imperio Tepaneca situado en Azcapotzalco y el imperio de la Triple Alianza situado en Tenochtitlan.

La arqueología proporciona un conjunto de evidencias distinto para las fundaciones formales políticas y religiosas en las capitales de las ciudades-estado de Morelos. El gran parecido en el diseño urbano de estas ciudades con el de Tula sugiere que sus dirigentes copiaron deliberadamente el trazado tolteca. En los mitos de la fundación de Tenochtitlan, las fundaciones formales política y religiosa tuvieron lugar en distintas épocas. La fundación religiosa, señalada por la historia del águila sobre el nopal, vino primero, en 1325 d.C. La fundación política formal vino más tarde, en 1372, cuando los mexicas de Tenochtitlan entronizaron a su primer *tlatoani* legítimo, *Acamapichtli*. Como hijo de una princesa culhua (y de un noble mexica), *Acamapichtli* era parte de la dinastía con orígenes toltecas de Culhuacan.

La mayoría de las capitales de las ciudades-estado aztecas fueron fundadas en sitios nuevos, muy probablemente al final de las migraciones procedentes de

Aztlan. Este proceso difiere del de otras ciudades fundadas por colonización en el Mundo Clásico y en otras partes del mundo, donde los inmigrantes eran enviados deliberadamente por una comunidad natal a encontrar nuevos asentamientos. En lugar de esto, se movieron hacia el sur (debido a razones desconocidas) como un grupo no organizado y fundaron dinastías y ciudades cuando se asentaban en una nueva región. El índice de crecimiento de la población en el centro de México fue muy alto durante los periodos Azteca Temprano y Azteca Tardío (Smith 2003: 57-61), y estas ciudades muy probablemente crecieron con rapidez una vez fundadas.

Los datos de variación de diversas ciudades aztecas muestran que el proceso de fundación urbana ocurrió al mismo tiempo a lo largo y ancho del área del México Central (Smith s.f. a). Hubo altos niveles de interacción social y política entre las entidades políticas en los valles y regiones del centro de México. Estos datos ilustran la naturaleza de las variaciones entre las ciudades aztecas. De particular importancia es la observación de que Tenochtitlan fue la más divergente y atípica de todas las ciudades aztecas. En el pasado, muchos estudiosos han generalizado acerca de las ciudades aztecas basándose en datos provenientes de Tenochtitlan (ver nota 8), pero ésta no puede ser por más tiempo una práctica aceptable. Para comprender plenamente el urbanismo azteca —incluyendo la fundación de las ciudades— debemos tomar una perspectiva más amplia que incluya tantos ejemplos como sea posible.

Agradecimientos: Quiero agradecer a Andrés Ciudad Ruiz y al resto de los organizadores su invitación a participar en esta conferencia. Las discusiones con otros participantes, particularmente con Arlen y Diane Chase, resultaron muy útiles para clarificar mis ideas. Muchos de los temas en este artículo provienen del capítulo 3, «La fundación de Ciudades y Dinastías» de un libro en proceso de realización, *Aztec City-State Capitals* (Smith s.f. a). Agradezco a George Cowgill, Michel Oudijk y Barbara Stark sus comentarios sobre un borrador de esta aportación. Eduardo Douglas amablemente me proporcionó la ilustración para la Figura 1.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, Jorge R. 1954. «Resumen de los informes de las exploraciones arqueológicas en Tula, Hidalgo, durante los VI, VII, y VIII temporadas, 1946-1950». *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia (serie 6)* 8: 37-115.

ALCOCK, Susan E. 2001. «The Reconfiguration of Memory in the Eastern Roman Empire». En *Empires: Perspectives from Archaeology and History*, Eds. S. Alcock, T. D'Altroy, K. Morrison y C. Sinopoli, pp. 323-350. Cambridge University Press. Nueva York.

—. 2002. *Archaeologies of the Greek Past: Landscape, Monuments, and Memories*. Cambridge University Press. Nueva York.

ANÓNIMO. 1935. *Tenayuca: estudio arqueológico de la pirámide de este lugar, hecho por el Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública*. Talleres Gráficos del Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnografía. México.

BALKANSKY, Andrew K., Verónica PÉREZ RODRÍGUEZ y Stephen A. KOWALEWSKI. 2004. «Monte Negro and the Urban Revolution in Oaxaca, Mexico». *Latin American Antiquity* 15 (1): 33-60.

BERDAN, Frances F. y Patricia R. ANAWALT (Editores). 1992. *The Codex Mendoza*. 4 vols. University of California Press. Berkeley.

BOONE, Elizabeth H. 2000a. «Bringing Polity to Place: Aztec and Mixtec Foundation Rituals». En *Códices y documentos sobre México: Tercer Simposio International*, Ed. C. Vega, pp. 547-573. INAH. México.

—. 2000b. «Venerable Place of Beginnings: The Aztec Understanding of Teotihuacan». En *Mesoamerica's Classic Heritage: From Teotihuacan to the Aztecs*, Eds. D. Carrasco, L. Jones y S. Sessions, pp. 371-396. University Press of Colorado. Boulder.

CALNEK, Edward E. 1976. «The Internal Structure of Tenochtitlan». En *The Valley of Mexico: Studies of Pre-Hispanic Ecology and Society*, Ed. E.R. Wolf, pp. 287-302. University of New Mexico Press. Albuquerque.

—. 2003. «Tenochtitlan-Tlatelolco: The Natural History of a City/ Tenochtitlan-Tlatelolco: la historia natural de una ciudad». En *El urbanismo en Mesoamérica / Urbanism in Mesoamérica, Vol. I*, Eds. W.T. Sanders, A.G. Mastache y R.H. Cobean, pp. 149-202. Proyecto Urbanismo en Mesoamérica/The Mesoamerican Urbanism Project. Pennsylvania State University e INAH. University Park y México.

CARRASCO, David. 1999. «City as Symbol in Aztec Thought: Some Clues from the Codex Mendoza». En *City of Sacrifice: The Aztec Empire and the Role of Violence in Civilization*, pp. 15-48. Beacon Press. Boston.

CARRASCO, Pedro. 1996. *Estructura político-territorial del imperio tenochca: la triple alianza de Tenochtitlan, Tetzcoco y Tlacopan*. Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México. México.

CARTA DE AZCAPOTZALCO. 2000. «Carta de don Hernando de Molina, de don Baltasar Hernández y de los alcaldes y regidores de Azcapotzalco al rey Felipe II, en latín, Azcapotzalco, 10 de febrero de 1561». En *La nobleza indígena del centro de México después de la conquista*, Eds. E. Pérez-Rocha y R. Tena, pp. 213-225. INAH. México.

CASTAÑEDA DE LA PAZ, María. 2002. «De Aztlan a Tenochtitlan: historia de una peregrinación». *Latin American Indian Literatures Journal* 18: 163-212.

DAVIES, Nigel. 1973. *The Aztecs: A History*. University of Oklahoma. Norman.

DE LA FUENTE, BEATRIZ. 1990. «Escultura en el tiempo: retorno al pasado tolteca». *Artes de México* 7: 36-53.

DOUGLAS, Eduardo de J. 2003. «Figures of Speech: Pictorial History in the Quinatzin Map of About 1542». *Art Bulletin* 85: 281-310.

ELSON, Christina M. y Michael E. SMITH. 2001. «Archaeological Deposits from the Aztec New Fire Ceremony». *Ancient Mesoamérica* 12 (2):157-174.

FENTRESS, James y Chrius WICKHAM. 1992. *Social Memory*. Blackwell. Oxford.

GARCÍA GARCÍA, María Teresa. 1987. *Huexotla: un sitio del Acolhuacan*. Colección Científica 165. INAH. México.

GARCÍA-ZAMBRANO, Ángel J. 1994. «Early Colonial Evidence of Pre-Columbian Rituals of Foundation». En *Seventh Palenque Round Table, 1989*, Eds. M.G. Robertson y V.M. Fields, pp. 219-229. Pre-Columbian Art Research Institute. San Francisco.

GIBSON, Charles. 1964. *The Aztecs under Spanish Rule: A History of the Indians of the Valley of Mexico, 1519-1810*. Stanford University Press. Stanford.

GILLESPIE, Susan D. 1989. *The Aztec Kings: The Construction of Rulership in Mexica History*. University of Arizona Press. Tucson.

GRAULICH, Michel. 1997. *Myths of Ancient Mexico*. Trad. de B.R. Ortiz de Montellano y T. Ortiz de Montellano. University of Oklahoma Press. Norman.

GRUBRE, Nikolai. 2000. «The City-States of the Maya». En *A Comparative Study of Thirty City-State Cultures*, Ed. M.H. Hansen, pp. 547-566. The Royal Danish Academy of Sciences and Letters. Copenhague.

HANSEN, Mogens Herman (Editor). 2000a. *A Comparative Study of Thirty City-State Cultures*. The Royal Danish Academy of Sciences and Letters. Copenhague.

—. 2000b. «Introduction: The Concepts of City-State and City-State Culture». En *A Comparative Study of Thirty City-State Cultures*, Ed. M.H. Hansen, pp. 11-34. The Royal Danish Academy of Sciences and Letters. Copenhague.

HARDOY, Jorge E. 1973. *Pre-Columbian Cities*. Walker. Nueva York.

HENIGE, David P. 1974. *The Chronology of Oral Tradition: Quest for a Chimera*. Clarendon Press. Oxford.

—. 1982. *Oral Historiography*. Longman. Nueva York.

HEYDEN, Doris. 1989. *The Eagle, the Cactus, the Rock: the Roots of Mexico-Tenochtitlan's Foundation Myth and Symbol*. B.A.R. International Series No. S484. Archaeopress. Oxford.

HODGE, Mary G. 1984. *Aztec City-States*. Memoirs of the Museum of Anthropology 18. University of Michigan. Ann Arbor.

—. 1997. «When is a City-State? Archaeological Measures of Aztec City-States and Aztec City-State Systems». En *The Archaeology of City-States: Cross-Cultural Approaches*, Eds. D.L. Nichols y T.H. Charlton, pp. 209-28. Smithsonian Institution Press. Washington DC.

KAUFMAN, Terrence. 2001. *The History of the Nawa Language Group From the Earliest Times to the Sixteenth Century: Some Initial Results*. Paper posted online at: http://www.albany.edu/anthro/maldp/Nawa.pdf. University of Pittsburgh.

KIRCHHOFF, Paul, Lina Odena GÜEMES y Luis REYES GARCÍA (Editores). 1976 *Historia tolteca-chichimeca*. INAH. México.

KRISTAN-GRAHAM, Cynthia B. 1999. «The Architecture of the Tula Body Politic». En *Mesoamerican Architecture as a Cultural Symbol*, Ed. J.K. Kowalski, pp. 162-175. Oxford University Press. Nueva York.

LANG, Frankiska. 1998. «The Greek Polis and City: Origins, Conceptual Definiton and Development». *O Arqueólogo Português (Lisbon)* 4 (16): 123-156.

LOCKHART, James. 1992. *The Nahuas after the Conquest: A Social and Cultural History of the Indians of Central Mexico, Sixteenth through Eighteenth Centuries*. Stanford University Press. Stanford.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo. 1994. *Tamoanchan y Tlalocan*. Fondo de Cultura Económica. México.

LÓPEZ LUJÁN, Leonardo. 1993. *Las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan*. INAH. México.

LÓPEZ LUJÁN, Leonardo, Hector NEFF y Saburo SUGIYAMA. 2000. «The 9-Xi Vase: A Classic Thin Orange Vessel Found at Tenochtitlan». En *Mesoamerica's Classic Heritage: From Teotihuacan to the Aztecs*, Eds. D. Carrasco, L. Jones y S. Sessions, pp. 219-249. University Press of Colorado. Boulder.

LOW, Setha M. 1995. «Indigenous Architecture and the Spanish American Plaza in Mesoamerica and the Caribbean». *American Anthropologist* 97: 748-762.

MARCUS, Joyce. 1983. «On the Nature of the Mesoamerican City». En *Prehistoric Settlement Patterns: Essays in Honor of Gordon R. Willey*, Eds. E.Z. Vogt y R.M. Leventhal, pp. 195-242. University of New Mexico Press. Albuquerque.

MARQUINA, Ignacio. 1960. *El Templo Mayor de México*. INAH. México.

MARTIN, Simon y Nikolai GRUBE. 2000. *Chronicle of the Maya Kings and Queens: Deciphering the Dynasties of the Ancient Maya*. Thames and Hudson. Nueva York.

MASTACHE, Alba G. y Robert H. Cobean. 2000. «Ancient Tollan: The Sacred Precinct». *Res: Anthropology and Aesthetics* 38:100-133.

—. 2003. «Urbanism at Tula». En *El urbanismo en Mesoamérica/Urbanism in Mesoamérica, Vol. I*, Eds. W.T. Sanders, A.G. Mastache y R.H. Cobean, pp. 217-256. Proyecto Urbanismo en Mesoamérica/The Mesoamerican Urbanism Project. Pennsylvania State University e INAH. University Park y México.

MASTACHE, Alba G., Robert H. COBEAN y Dan M. HEALAN. 2002. *Ancient Tollan: Tula and the Toltec Heartland*. University Press of Colorado. Boulder.

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo. 2003. «Buildings in the Sacred Precinct of Tenochtitlan». En *El urbanismo en Mesoamérica/Urbanism in Mesoamérica Vol. 1*, Eds. W.T. Sanders, A.G. Mastache y R.H. Cobean, pp. 119-140. Proyecto Urbanismo en Mesoamérica/The Mesoamerican Urbanism Project. Pennsylvania State University e INAH. University Park y México.

MOTOLINÍA, Fray Toribio de Benavente. 1979. *Historia de los indios de la Nueva España*. Editorial Porrúa. México.

MUNDY, Barbara E. 1998. «Mapping the Aztec Capital: The 1524 Nuremberg Map of Tenochtitlan, Its Sources and Meanings». *Imago Mundi* 50: 11-33.

NICHOLSON, Henry B. 1971. «Religion in Pre-Hispanic Central Mexico». En *Handbook of Middle American Indians, vol. 10, Archaeology of Northern Mesoamérica, part 1*, Eds. G.F. Ekholm e I. Bernal, pp. 395-446. University of Texas Press. Austin.

—. 2001. *Topiltzin Quetzalcoatl*. University Press of Colorado. Boulder.

—. 2003. «Sahagún's Itemization of the Structure of the Templo Mayor Precinct of Mexico-Tenochtitlan: 'Legend' of a Lost Diagram». En *Sahagún at 500: Essays on the Quincentenary of the Birth of Fr. Bernardino de Sahagún*, Ed. J.F. Schwaller, pp. 255-264. Academy of American Franciscan History. Berkeley.

NOGUEZ, Xavier (Editor). 1978. *Tira de Tepechpan: códice colonial procedente del Valle de México*. 2 vols. Biblioteca Enciclopédica del Estado de México. México.

OLIVIER, Guilhem. 1995. «Les paquets sacrés ou la mémoire cachée des indiens du Mexique central (XV-XVI siècles)». *Journal de la Société des Américanistes* 81: 105-141.

OLMEDA VERA, Bertina. 2002. *Los templos rojos del recinto sagrado de Tenochtitlan*. Colección Científica 439. INAH. México.

OUDIJK, Michel R. 2002. «La toma de posesión: un tema mesoamericano para la legitimación del poder». *Relaciones (El Colegio de Michoacán)* 23 (91): 96-131.

OUDIJK, Michel R. y Mª de los Ángeles ROMERO FRIZZI. 2003. «Los títulos primordiales: un género de tradición mesoamericana, del mundo prehispánico al siglo XXI». *Relaciones (El Colegio de Michoacán)* 24 (95): 18-48.

PARSONS, Jeffrey R., Keith W. KINTIGH y Susan A. GREGG. 1983. *Archaeological Settlement Pattern Data from the Chalco, Xochimilco, Ixtapalapa, Texcoco, and Zumpango Regions, Mexico*. Technical Report, vol. 14. Museum of Anthropology. University of Michigan. Ann Arbor.

PASZTORY, Esther. 1983. *Aztec Art*. Harry N. Abrams. Nueva York.

SAHAGÚN, Fray Bernardino de. 1950-82. *Florentine Codex, General History of the Things of New Spain. 12 books*. Trad. A.J.O. Anderson y C.E. Dibble. School of American Research and the University of Utah Press. Santa Fe y Salt Lake City.

—. 1993. *Primeros Memoriales. (Edición Facsímile)*. Ed. F. Anders. University of Oklahoma Press. Norman.

SANDERS, William T. y Robert S. SANTLEY. 1983. «A Tale of Three Cities: Energetics and Urbanization in Pre-Hispanic Central Mexico». En *Prehistoric Settlement Patterns: Essays in Honor of Gordon R . Willey*, Eds. E.Z. Vogt y R. Leventhal, pp. 243-291. University of New Mexico Press. Albuquerque.

SANTAMARINA, Carlos. 2006. *El sistema de dominación azteca. El imperio tepaneca*. Fundación Universitaria Española. Madrid.

SCHROEDER, Susan. 1991. *Chimalpahin and the Kingdoms of Chalco*. University of Arizona Press. Tucson.

SMITH, Michael E. 1984. «The Aztlan Migrations of the náhuatl Chronicles: Myth or History?» *Ethnohistory* 31: 153-186.

—. 1992. *Archaeological Research at Aztec-Period Rural Sites in Morelos, Mexico. Volume 1, Excavations and Architecture/Investigaciones arqueológicas en sitios rurales de la época Azteca en Morelos, Tomo 1. Excavaciones y arquitectura*. Memoirs in Latin American Archaeology 4. University of Pittsburgh. Pittsburgh.

—. 2000. «Aztec City-States». En *A Comparative Study of Thirty City-State Cultures*, Ed. M.H. Hansen, pp. 581-595. The Royal Danish Academy of Sciences and Letters. Copenhague.

—. 2003. *The Aztecs*. 2ª Edición. Blackwell Publishers. Oxford.

—. 2005. «The Archaeology of Aztec City-State Capitals: Four Views of Aztec Urbanism». En *El urbanismo en Mesoamérica/Urbanism in Mesoamérica, Vol. 2*, Eds. W.T. Sanders y R.H. Cobean. Proyecto Urbanismo en Mesoamérica/The Mesoamerican Urbanism Project. Pennsylvania State University e INAH. University Park y México. (en prensa).

—. s.f. a. *Aztec City-State Capitals*. Series: Ancient Cities of the New World. University Press of Florida. Gainesville. (En preparación).

—. s.f. b. «Form and Meaning in the Earliest Cities: A New Approach to Ancient Urban Planning». *Journal of Planning History* 5 (en prensa).

—. s.f. c. «Tula and Chichén Itzá: Are We Asking the Right Questions?» En *Twin Tollans: Chichén Itzá, Tula, and the Epiclassic-Early Postclassic Mesoamerican World*, Eds. C. Kristan-Graham y J.K. Kowalski. Dumbarton Oaks. Washington DC. (En preparación).

SMITH, Michael E. y Frances F. BERDAN (Editores). 2003. *The Postclassic Mesoamerican World*. University of Utah Press. Salt Lake City.

SMITH, Michael E., Timothy S. HARE y Lisa MONTIEL (Editores). 2005. *Patrones de asentamiento en el Valle de Yautepec, Morelos*. Informe para el Instituto Nacional de Antropología e Historia, México (en preparación).

SMITH, Michael E. y Lisa MONTIEL. 2001. «The Archaeological Study of Empires and Imperialism in Prehispanic Central Mexico». *Journal of Anthropological Archaeology* 20: 245-284.

SULLIVAN, Thelma D. 1971. «The Finding and Founding of Mexico Tenochtitlan, from the Crónica Mexicayotl by Fernando Alvarado Tezozómoc». *Tlalocan* 6: 312-326.

TAYLOR, Joshua C. 1981. *Learning to Look: A Handbook for the Visual Arts*. 2ª. Edición. University of Chicago Press. Chicago.

TIRA DE LA PEREGRINACIÓN. 1944. *Tira de la peregrinación mexicana*. Librería Anticuaria G. M. Echaniz. México.

UMBERGER, Emily. 1987. «Antiques, Revivals, and References to the Past in Aztec Art». *Res: Anthropology and Aesthetics* 13: 62-105.

—. 2003. Aztec Kings and the Codex Durán: The Metaphorical Underpinnings of Rulership. *Art and Architecture of the Americas* 6: http://www2.essex.ac.uk/arthistory/arara/issue_six/paper2.html.

VEGA SOSA, Constanza (Editora). 1979. *El recinto sagrado de México-Tenochtitlan: excavaciones 1968-69 y 1975-76*. INAH. México.

WOOD, Stephanie. 1998. «Gender and Town Guardianship in Mesoamérica: Directions for Future Rersearch». *Journal de la Société des Américanistes* 84 (2): 243-276.

PUBLICACIONES DE LA S.E.E.M. NUM. 8

NUEVAS CIUDADES, NUEVAS PATRIAS.
FUNDACIÓN Y RELOCALIZACIÓN DE CIUDADES EN MESOAMÉRICA Y EL MEDITERRÁNEO ANTIGUO

Editores:

M.ª Josefa Iglesias Ponce de León
Rogelio Valencia Rivera
Andrés Ciudad Ruiz

Sociedad Española de Estudios Mayas